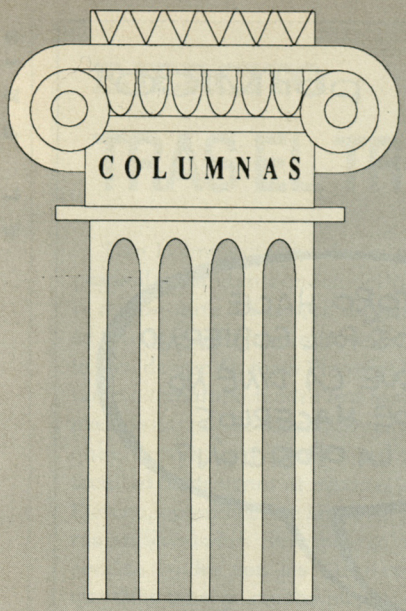
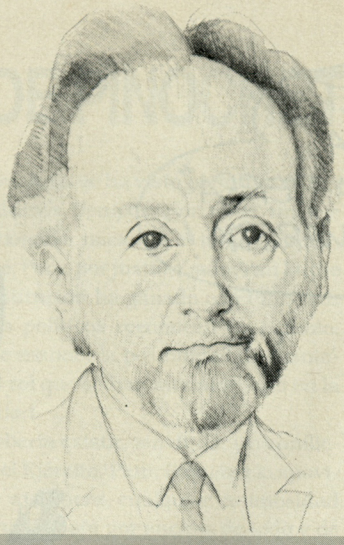
1014 -1





Derechos Human

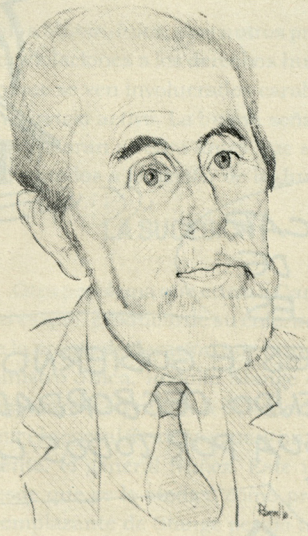
JORGE ARRATE

En lo transcurrido de 1992 se han registrado avances importantes en el esclarecimiento de la verdad y la aplicación de la justicia en materia de Derechos Humanos. Lo mucho que queda aún por hacer no puede hacernos olvidar lo mucho que, en circunstancias difíciles, hemos avanzado.

En el curso del año se han agregado

Ambigüedades peligrosas

ANDRES AYLWIN



Hace algunos días un periodista afirmaba que la Derecha es el único sector político chileno que no se ha hecho una autocrítica después de la experiencia autoritaria vivida a partir del 11 de septiembre de 1973. Dicha afirmación aparece correcta, prescindiendo, naturalmente, del reducido sector derechista que integra la Concertación.

Creemos que existe una primera circunstancia que la derecha no asume cabalmente. Se trata de que un fuerte sector de ella pasó a constituirse en un grupo político claramente pro-militar, simpatizante del autoritarismo, cuyas raíces no se encuentran ya en la tradición histórica de la derecha chilena, sino en el pensamiento político del gobierno autoritario del general Pinochet.

Existe una constante pretención de esos sectores derechistas por asumir la función de voceros de las Fuerzas Armadas y de afirmar que los Institutos Armados serían árbitros o garantes de los grandes conflictos políticos. Su demagogia militarista se hace patente cuando tratan de descalificar como enemigos de las Fuerzas Armadas a todos aquellos que, precisamente velando por el prestigio de los uniformados, sostenemos la necesaria separación nítida entre lo «político» y lo «militar». Al efecto, tenemos la convicción que en muchos sectores uniformados no existe todavía una adecuada conciencia sobre el burdo aprovechamiento político que han hecho de las Fuerzas Armadas importantes sectores de la ultra derecha.

Existe, también, otra derecha que, desgraciadamente, se muestra incapaz de romper con estos sectores pro-totalitarios y de afirmar su personalidad como fuerza política civilista y democrática. Sabemos que esta derecha no anda golpeando servilmente los cuarteles, pero desgraciadamente, no son capaces tampoco de desvincularse de un electorado claramente pinochetista y mucho menos, a renunciar a un cierto papel subsidiario de las Fuerzas Armadas, las cuales estarían llamadas a actuar frente a la hipotética derrota de sus utopías económico-sociales. Tampoco se atreven a modificar ciertas instituciones claramente antidemocráticas heredadas de la dictadura.

Esa enfermiza falta de fe en la soberanía del pueblo de la Derecha realmente democrática, la hace sustentar una ambigua concepción de una especie de «poder militar» paralelo al «poder civil» y no claramente subordinado a éste.

En relación a este aspecto, y refiriéndonos concretamente al nombramiento e inmovilidad de los Comandantes en Jefe, es útil destacar la persistente defensa que hizo el ex- presidente Jorge Alessandri de la Constitución de 1925. Su posición fue también claramente respaldada por otros integrantes del Consejo de Estado, entre ellos por el General de Ejército (R) don Oscar Izurrieta quien sostuvo: «me parece básico partir de la premisa que el Primer Mandatario es merecedor de su cargo y, por lo mismo, debe gozar de la más absoluta libertad para nombrar a los Comandantes en Jefe». Su argumentación fue reforzada, entre otros, por el General del Aire (R) don Renato García quien sostuvo categóricamente que «las disposiciones vigentes hasta ahora (Constitución de 1925) permitieron siempre que llegaran a Comandantes en Jefes quienes reunían los mayores méritos».

Creemos que carece de destino cualquier partido político que no tiene verdadera fe en sus utopías e ideales y que, por lo mismo, ante su hipotético fracaso piensa ampararse al alero de las Fuerzas Armadas. Esa ambigüedad es parte de drama de la derecha democrática chilena.

Desgraciadamente, las ambigüedades en esta materia también inciden en el otro extremo del espectro político que, incluso por razones históricas, vive bajo un permanente temor del uso indebido de la fuerza.